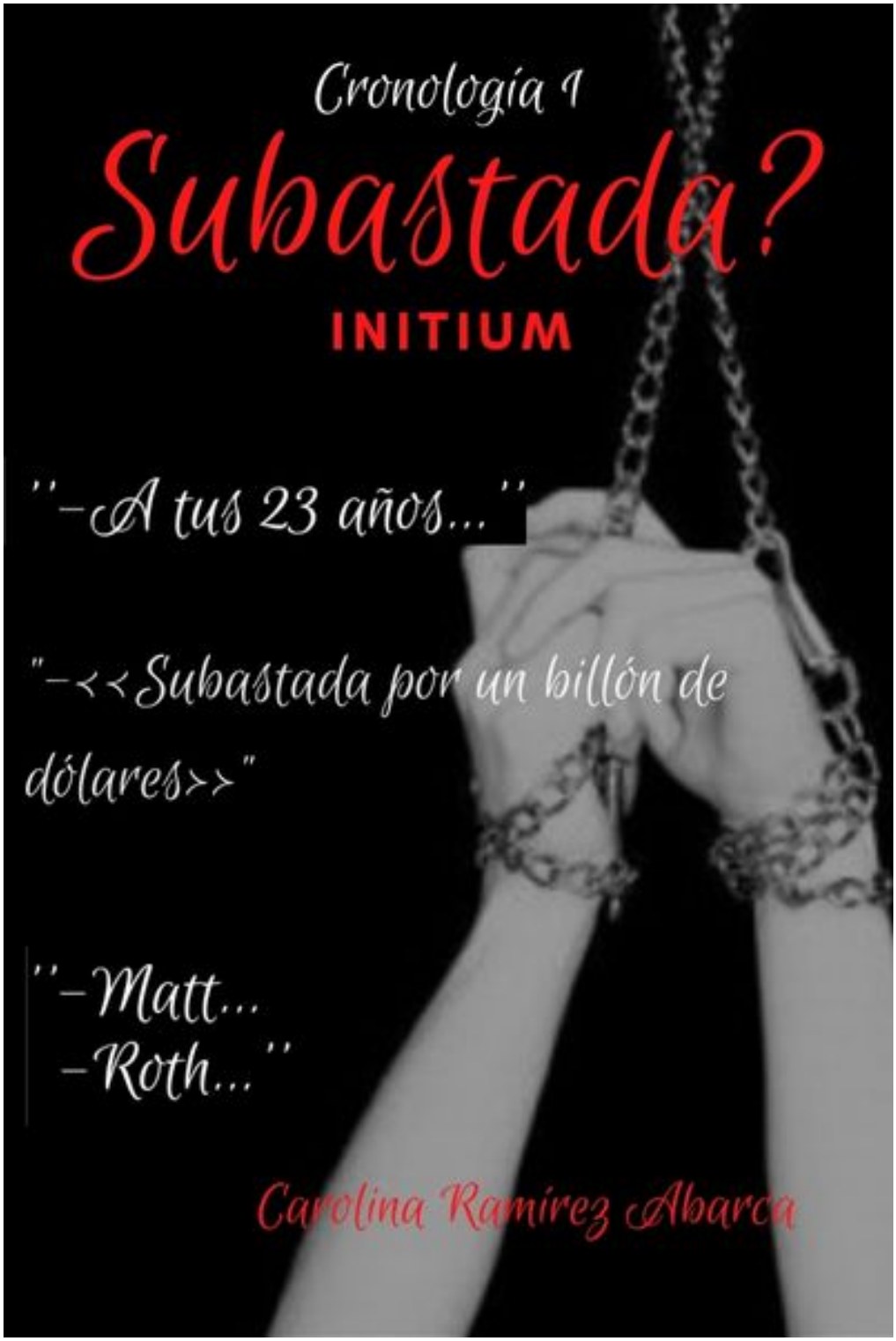
Subastada? I INITIUM

Carolina Ramírez Abarca



Capítulo 1

La familia de Roth estaba viajando hacia Las Cruces. El día lucía perfecto para llegar y estar tendida en la playa gozando de los rayos que ofrecía el sol. La madre se encontraba soportando las rancheras que el padre había puesto con la idea de que el viaje así será más divertido. Luego de pasar una hora con treinta minutos en el auto, Roth se sacó los audífonos.

–¿Mamá? -preguntó.
–¿Sí, Roth?
–¿Cuánto falta?
–Nada. ¡Ya llegamos a la playa! –respondió el padre con alegría.

Los tres se estacionaron en la parte de visitas esperando a recibir las llaves. Mientras tanto, la madre y Roth caminaban un poco, pues sentían que *el culo estaba cuadrado* y que las piernas estaban muertas. Fueron a La Casona para comprar algo dulce y comerlo mientras esperaban al padre. La señora que atendía las reconoció y les dio un chicle de regalo. De vuelta al auto, se subieron y fueron al departamento.

Ocho pisos en total y el suyo era el cuarto. La habitación 404 estaba abierta para así poder entrar y dejar sus cosas. Luego de subir y bajar varias veces, continuaron con hacer sus camas, limpiar el baño y la cocina y, por último, poner la ropa y sus cosas en los lugares correspondientes. Este 26 de febrero iniciaba bien.

Los tres al acabar, se sentaron en el sofá a descansar un poco antes de almorzar algo. Roth quería ir a la piscina, pero le desanimaba la idea de que en Ilisois tuvieran que limpiar cada lunes ambas piscinas y por todo el día. Tenía ganas de nadar, mas en la playa está prohibido hacerlo debido a las violentas olas.

Aburrida, decidió asomarse por el balcón para ver si se le ocurría algo que hacer. Pasaron minutos sin nada interesante, hasta que un niño recogió una flor rota del césped justo debajo de ella. Roth lo encontró bonito, como es normal en los niños de ese rango de edad. Se acomodó el cabello detrás de las orejas y se dispuso a mirarlo, pero ella no contaba con que el niño se diera cuenta. Nerviosa se ocultó aun sabiendo que era tarde. Respiró hondo como si buscase su dignidad y se levantó.

–Hola –dijo un poco nerviosa.
–Hola –respondió con una sonrisa –, ¿llegaste recién?
–Sí, ¿y tú?
–El lunes anterior, pero hoy mismo me debo ir por temas de la marea, o eso dice mi padre. Por cierto, mi nombre es Matt, ¿cuál es el tuyo?
–Roth.
–Mi mamá se llamaba Ruth. Curioso, ¿no?

–Sí, un poco. Eh, ¿te vas ahora ahora?
–No –sonrió –, me voy a las cinco de la tarde a mi apartamento para irnos como a las seis. ¿Y si vienes para acá? Me está doliendo el cuello.
–Ya, deja hablarlo con mi mamá.

Roth se retiró dejando al chico del cabello negro abajo. Caminó notoriamente feliz y se acercó a la cocina. Su madre estaba haciendo salchichas con puré.

–¿Qué ocurre, cielo?
–Es que conocí un niño y queremos hablar abajo...
–¿Edad? Recuerda que no debes hablar con mayores.
–Debe tener la misma que yo y tranquila, que eso sí que me acuerdo.

La madre le sonrió y la dejó ir con la condición de que fuera en el césped de cerca. Roth, saltando, bajó por el ascensor con un paquete de galletas y dos cajas pequeñas de jugo para compartir con aquel niño tan lindo. Caminó hacia él quien se había sentado en el césped esperándola. Cuando la vio, le sonrió.

–¡Me dejaron! –dijo riéndose por la obviedad que había dicho.
–Ya lo vi –respondió con otra sonrisa igual de encantadora que las anteriores
–¿Cuántos años tienes?
–Tengo diez, ¿y tú?
–Nueve. Cumpliré diez en mayo.
–Yo los once en abril. Eh, ¿crees que te dejen ir a la playa conmigo y mi padre.
–Tendría que ir a preguntarle a mi mamá, porque ella dice que no debo hablar con mayores.
–Tranquila, mi papá nos cuidará a ambos. Además, tenemos a Jack. Estaremos muy protegidos.
–Bueno, subiré de nuevo y le preguntaré a mi mamá. Ya vuelvo.

Roth se levantó rápido y corrió de vuelta a su apartamento. Al entrar, como toda madre con vínculo entre hijos, supo de inmediato que ella tenía algo que decirle.

–Dime, ¿qué pasa ahora?
–Es que con Matt queremos ir a la playa.
–Ya... ¿pero no deben almorzar primero?
–Es que él se va hoy mismo y queremos aprovechar de jugar.
–Comida primero, juego después.
–Entonces eso es un sí –le dijo sonriendo.

La madre le sonrió en respuesta. La niña fue al balcón y vio que Matt estaba con un hombre alto y que hablaban. El niño levantó la vista y

gritó:

–Vendré por ti en una hora. Te veo luego.
–¡Nos vemos!

Roth, como nunca en la vida, se dispuso a poner la mesa para así hacer honor al dicho "el tiempo es oro". Hizo un jugo de frutilla, puso los vasos en los tres puestos, tres tenedores y tres cuchillos y, cuando la madre iba a comenzar a servir, ella se le acercó con los platos.

Sentados en la mesa, el padre le dijo en varias ocasiones que comiera más despacio y no sin razón, pues ella comía como si fuera un camionero. Pasados los minutos, Roth miraba a su madre quien evitaba mirarla con el fin de no caer en el juego. Pero una que es madre amorosa y que gusta de mimar a sus hijos, le dio el pase a su hija para esperar a su amigo en el césped junto a sus juguetes.

Matt no se demoró en aparecer, incluso estaba llegando diez minutos antes de cumplir una hora. Por desgracia estaba acostumbrado a hacer estas cosas, a adelantarse a sucesos aun siendo solo un niño

–¡Matt!
–¡Roth! –dijo el niño mientras corría haciendo caso omiso a la mirada llena de reproche por parte de su padre –. ¿Estás lista para irnos?
–Sí. Decidí bajar mi balde y mi pequeña pala para compartirla contigo.

Él le sonrió y ella no sabía que por dentro de ese pequeño cuerpo estaba ocurriendo una batalla en que no sabía cómo reaccionar.

Los niños iban caminando delante del padre del chico y de Jack, el guardaespaldas, cuando Matt decidió hablar.

–En ese departamento nos estamos quedando –Roth se sorprendió, pues ese edificio que su amigo señalaba era de los nuevos exclusivos que habían construido –. Mi padre lo ha arrendado. Él lo iba a comprar, pero lo convencí de no hacerlo.
–¿Por qué hiciste algo así?
–No valía la pena.
–¿Qué? –rio –. Este lugar es magnífico.
–Dije lo mismo, pero las predicciones de la adivina que solía ir a casa no fallan: son certeras.
–¿Y qué dijo esta vez? –preguntó nerviosa.
–Dijo que habría un temblor, uno muy fuerte que se llevaría vidas cuando acabara.

Roth no quiso seguir hablando y él lo supo. Continuaron caminando tranquilamente y en silencio. Ella comenzó, como es costumbre en su vida, a divagar entre cómo se ve Matt y su padre. El papá se ve duro,

severo y alto; no dan ganas de llevarse mal con él. La verdad, ambos se parecen bastante: su postura, sus caras, el cabello negro... solo el porte y el color de los ojos son diferentes.

Las horas cuando uno es pequeño y se está divirtiendo, se convierten en la burla del sentido del tiempo. El padre del pequeño se levantó de la silla y se acercó.

–Matt, hora de irnos. Ya son las cinco.
–Sí, señor –respondió el muchacho. ¿Señor? Pero si él es su padre –. Roth, debemos irnos. Te iré a dejar a tu departamento y nos despedimos, ¿te parece?
–Sí, creo que está bien.

Es de niños tener el don de tener amigos por simple esencia: no sabes cómo pasa, solo ocurre. Matt y Roth, sin pensar ni querer, forjaron un vínculo que duraría por años.

Mientras jugaban a la vez que caminaban hacia el departamento de la niña. El padre de Matt, por su parte, miraba a su hijo como si fuera la mayor decepción de la vida verlo jugar. La paternidad y la maternidad son dones. La desilusión en los rostros de los niños se evidenció cuando llegaron frente al edificio. Matt y Roth subieron hasta el apartamento de la niña intentando decirle a esta habitación que desapareciera, que les diera más tiempo para jugar, que les diera tiempo de ser pequeños. Pero sabían que eso no pasaría. Llegaron al apartamento 404.

–Bueno, hemos llegado. Cuídate –le decía mientras tomaba la mano de su amiga de cabello ligeramente rizado –, no quiero que esta sea la última vez que nos veamos.

Se acercó sutilmente y se despidió dándole un beso en la mejilla.

–También espero eso. Adiós, Matt.

Roth entró y cerró la puerta. Caminó a la cocina que estaba a pasos de la puerta y se paró al lado de su mamá.

–Hola, bebé. ¿Cómo te fue? –le preguntó.
–Bien, pero Matt ya se fue –respondió triste.
–Lo siento, hija. Pero tranquila, porque estoy haciendo ¡más salchichas! Así que arriba ese ánimo que no se está acabando el mundo.
–¡SÍ!
–¿Salchichas? –decía el padre jadeando como un perro –. *Guof*, ¿dónde hay salchichas?
–Mamá las está cocinando.
–¿Puedo sacar? –preguntó molestando.
–Claro –respondió la esposa –. Saca directamente del sartén.

–Voy.
–¡NO! –exclamaron ambas.

Mientras jugaban con precaución en la cocina, Roth se fue a su habitación para poner el pijama sobre la cama y tenerlo listo para cuando saliera de bañarse.

Ya vestida y con el cabello seco, se sentó en el sillón a pensar en lo mágico que se sintió estar con el chico de los ojos azul oscuro, mas lo que más se acordaba de él era cómo conversaba con su padre y su conducta. Lo poco que ella estuvo con Matt le bastó para observar que, en el fondo de ese niño de tan solo diez años, estaba incómodo y aprensivo cuando su padre estaba cerca. Dentro de Roth se quebró algo.

–¡A la mesa! –gritó el padre para empezar a comer.

A la familia se les fue volando el tiempo conversando y riendo de estupideces mientras comían. Ya de noche, se despidieron y se acostaron a dormir.

Capítulo 2

Roth yacía despierta a las una y media de la madrugada pensando en Matt. De alguna u otra forma, su subconsciente le obligaba a pensar en él, pero lo que le retumbaba en la cabeza era la frase que él había dicho habría un temblor tan fuerte que se llevaría vidas cuando acabara". La pequeña se levantó para ir a la cocina en busca de comida. Hurgó por unos minutos hasta encontrar galletas.

–Victoria –susurró para sí misma mientras sacaba con cuidado el paquete.

Se devolvió a su cuarto para comer tranquila y luego intentar dormir.

El reloj ya decía que eran las dos y media de la mañana. Roth estaba molesta e irritada por no poderse dormir. Se volvió a levantar camino al cuarto de sus padres. Abrió la puerta despacio y sintió cómo los ronquidos se volvían una sinfonía estruendosa. La volvió a cerrar y regresó a su habitación. Sacó sus muñecas para entretenerse un rato.

Cuando la niña se giró a ver la hora, el reloj marcaba que eran las tres con siete minutos. Roth bufó molesta, pues quería dormir por el cansancio que sentía por haber jugado en la playa. Sin que se diera cuenta, se quedó dormida en la cama hasta que se despertó de un salto, como si algo la hubiese pellizcado.

Se sentó confundida, porque no recordaba si estaba jugando o si, efectivamente, se había rendido un rato ante el sueño. Volvió a mirar el reloj y eran las tres de la mañana con veintinueve segundos.

Por desgracia, cuando uno está asustado, ocurren una de estas dos cosas: la primera es que el mundo se demora en avanzar, el tiempo se detiene; la segunda es que este avanza junto al miedo y no se logra percibir cuándo pasaron quince minutos, por ejemplo.

De repente, ella sintió cómo el edificio se movía de a poco. Volvió a mirar el reloj y no supo en qué momento había avanzado hasta ser las tres con treinta y cuatro. Roth estaba asustada y empeoró cuando se sintió como un golpe azotar desde la raíz. Esto no era un temblor, no más: se había convertido en un terremoto.

–¡MAMÁ! –gritó llena de pánico.
–Vamos para allá –dijo el padre quien luchaba contra las paredes para

intentar mantenerse de pie.

Ella apenas podía escuchar los pasos de sus padres con el ruido que provocaban las olas, los cubiertos y los vasos cayendo al suelo. Roth se quedó sentada afirmándose de los palos de arriba de la cama número dos. Estaba asustada y las olas reventarse a la distancia no ayudaban.

–¿Por qué no entras?
–Está atascada –dijo el padre mientras empujaba la puerta.
–¿Qué? Pero si... ¡AH!

El movimiento se volvía cada vez más salvaje, tanto así que Roth ya estaba en el suelo. La litera se movía de lado a lado hasta caer casi sobre ella. Por suerte, el cuerpo de la pequeña dio en la separación de las camas.

–¿Estás bien? –preguntó la madre que intentaba abrir la puerta del apartamento.
–Sí. Por suerte. Te ayudaré a tirar de la puerta.

Roth cayéndose varias veces, logró dar los cinco pasos necesarios para llegar a la puerta. Tiraba con fuerza a la vez que el padre empujaba.

Las olas se recogían... se estaban preparando para dar con todo en contra de los edificios.

–¡No se abre! –exclamó Roth cuando la puerta se abrió.

Sin pensar en un segundo sobre la ironía que acababa de ocurrir, salieron del apartamento corriendo.

–Debemos ir a un lugar alto y seguro, lejos de la pla...

Las olas chocando el edificio interrumpieron a la madre.

–¡Rápido! –exclamó ella tomando a su hija de la mano mientras bajaban por las escaleras.

Se caían todo el tiempo mientras corrían a la salida del condominio. Esquivaban, como podían, los vidrios que caían de los edificios que se rompían, pero uno cortó el brazo de la madre que caía directamente al hombro de su hija.

–¡Mamá!
–Es solo un corte, mi amor. Tú sigue corriendo, ¡no paren! Debemos ir al otro edificio y subir al último piso.

De repente, el agua les pisaba los talones a la vez que un hombre de negro les seguía el paso. Estaba ahí por algo, por alguien. Mientras los padres veían el mejor lugar para ir a salvo, el mar agarró del pie a Roth y la arrastró.

–¡MAMÁ! –gritó antes de que se volviera todo tan oscuro.
–¡HIJA! –gritaron sus padres al unísono mientras un helicóptero bajaba con precaución y veían que el hombre de negro se había lanzado al mar en busca de su pequeña.

En una tienda grande en una zona alta ubicada en Cartagena, estaba Roth despertando confundida. Sentía pasos a su alrededor y el olor característico de los hospitales. También sus ojos le pesaban como si estuvieran pegados con silicona y con un poco de arena.

–¿Hija? –preguntó su madre preocupada con su mano derecha en la mano de su esposo.
–¿Bebé? –preguntó el padre.
–Vamos, siéntate despacio, chica –dijo el hombre de negro que los seguía en la playa.

Ella emitió un ligero gemido al abrir sus ojos con ligera dificultad a la vez que se sentaba con cuidado.

–Por fin –susurró el padre con alivio.
–Tragaste mucha agua –comentó la madre ajustando la venda en su brazo –. Estábamos preocupados, no reaccionabas... Creíamos que te habíamos perdido. Al parecer –miró de soslayo al hombre de negro –tu amigo envió a alguien para buscarte.

¿Matt? Pero ¿cómo sabía que estaba en peligro, que me estaba ahogando? Él... ¿no estaba lejos?

–A ese chiquillo le debo mucho –agregó la madre con una sonrisa agotada.
–Matt –dijo Roth con su voz poco audible –, ¿se encuentra bien?
–Sí –respondió el señor de negro –. Él le pidió a su padre que colocáramos cámaras en la zona para asegurarnos que su bienestar estuviera en perfectas condiciones. Vi que las olas los estaban alcanzando. En cuanto inició el movimiento, corrí a su departamento para estar cerca; cuando la ola la alcanzó, señorita Roth, me lancé a verla mientras bajaba el helicóptero en busca de sus padres.

¿Matt hizo todo eso por mí? Pero si solo nos conocimos por horas... no tiene sentido. Si él pudo conseguir que se hiciera todo esto, ¿será porque es muy adinerado? Tendría sentido, creo. Al acabar de pensar en lo que

podría ser Matt, un escalofrío recorrió su pequeño cuerpo: se sentía vigilada, rara, asustada, pero protegida.

–Teníamos miedo de perderte –repitió el padre.
–Creí que tú te habías lanzado, pero ahora viéndote y comparándote con el señor, no tienes ni hombros –dijo Roth para animar un poco las cosas.

La madre se tapó la boca para no mostrar los dientes mientras se reía, el hombre de negro era calvo con tez morena oscura bastante alto y grande, sonrió; el padre, por su parte, miró a su hija con una expresión que decía "debe ser una broma".

–Bueno, señorita, aunque usted no lo crea ni lo vea, Matt va a estar siempre cerca de usted –dijo el señor levantándose. Debo irme. Cuídense. Adiós.

Se despidieron mientras él se iba esquivando los otros puestos para las personas. Era como una tienda de campaña militar, de esas que se veían en las películas cuando había guerras. Ella se giró cuando sintió que sus padres la miraban queriendo decir "ya, cuenta qué ha pasado acá".

–¿Matt? ¿Quién es ese tal Matt? –preguntó el padre con una voz mezclada entre curiosidad, confusión y celos.
–Un amigo de tu hija que conoció hoy mismo –respondió la madre mirando coqueta a su esposo –. Creo que alguien tiene un admirador... uno raro, pero es lo que tienes –sonrió.
–Mira cómo me río –respondió Roth con sarcasmo.

Los tres sonrieron cansados y se acomodaron. Se sentían exhaustos y solo querían dormir.

Capítulo 3

–Buenos días, princesa –dijo la madre moviendo un mechón de cabello del rostro de Roth. El tono de voz triste no pasó desapercibido por su hija quien se había alarmado.
–¿Por qué estás triste? ¿Ocurrió algo?
–Sí, pero no es el momento de decirte. Vamos, levántate y cámbiate de ropa detrás de la cortina del fondo para que nadie te vea.
–¿Trajiste ropa?
–Tu amigo te dejó ese paquete –señaló la bolsa –. No te demores, necesitan más camas.

Se retiró. Roth se levantó tomando el paquete rígido que su madre había señalado y se fue detrás de la cortina con cartones que funcionaban como vestidor. Ella abrió y sacó la envoltura café y vio su contenido: calzas, camisas, un par de zapatos, una ardilla de juguete que al tocar su cabeza esta se mueve y una carta. Dejó la ropa dentro de la caja y comenzó a leer:

Hola. Al parecer la adivina sí tenía razón. De verdad espero que te encuentres mejor después del trago de agua que diste (espero haberte hecho sonreír). Ansío que la ropa que elegí sea de tu mayor agrado.
Saludos,
Matt.

Roth comenzó a saltar de emoción evitando llamar la atención. Mientras se vestía, sonreía al pensar que aquella ropa que se estaba colocando había sido escogida por el niño a quien consideraba un amigo. Al acabar, salió de la tienda, mas sus ojos quedaron horrorizados frente a tan espantoso escenario: todo estaba en ruinas, muchas casas bonitas que había visto años anteriores yacían con trozos menos en sus casas. El mar había reclamado parte de lo que le pertenecía y lo hizo con fuerza, con la fuerza de la tierra.

–Lamento que tengas que ver esto –dijo el padre tomándola del hombro.
–Es terrible –susurró.

Ella observaba los trozos de madera que se fundían con la arena. Caminando un poco con su padre, observó una distinguible cabellera rubia en miniatura. Se acercó y recogió a Jess, su muñeca, que ahora parecía estar con una máscara de barro.

–Mamá fue temprano al apartamento para ver si se podía salvar algo: solo había galletas molidas, fideos y arroz debajo de unas tablas.
–¿Perdimos todo lo demás?
–Sí. Anoche, mientras corríamos, tu madre y yo guardamos los teléfonos

por si los llegábamos a necesitar después. El mío sobrevivió, el de ella murió a causa de la sal del mar que le salpicó.

Siguieron caminando hacia abajo y ella miraba a las personas llorar a otras que estaban, según ella, durmiendo en el suelo. La madre apareció caminando en dirección a su hija con la misma ropa que ayer.

–Hija, veo que encontraste a Jessica.
–Es Jess, a ella no le gusta que la llamen así.
–Es cierto, lo siento, Jess –dijo sonriendo y tomando la mano izquierda de la muñeca.
–¿Encontraste algo más? –preguntó el padre quien se sacudía la arena pegada al pantalón.
–No. Solo nos quedan las cosas que tenemos en casa. Debemos ver cómo regresar.

Un escalofrío recorrió la espalda de Roth.

–No tenemos auto ni dinero. Tampoco podemos volver a pie –respondió el padre.
–Quizá hay algún grupo que actúe como programa de reubicación...

La niña visualizó una cámara y recordó las palabras del hombre de negro cuando un sonido fuerte se escuchó desde arriba. Miraron y vieron que un helicóptero estaba descendiendo con cuidado. Supieron de inmediato quién lo había enviado al ver a los hombres bien vestidos. *¿Algo más, Matt?*, pensó la pequeña.

–Suban –dijo un hombre con un arma colgando. El padre tomó la caja que su hija tenía en brazos y las hizo subir rápido.

Ya arriba, les hicieron colocarse auriculares para proteger los oídos antes de que se produjeran algún problema en ellos debido al fuerte ruido e inició el viaje.

–¿Se encuentran cómodos? –preguntó el hombre que estaba frente a ellos.
–Sí –respondió la madre que apretaba la mano de su hija –, gracias.
–¿A dónde vamos? –preguntó Roth.
–A tu casa –respondió con una voz suave solo por dirigirse a la niña.

Ella asintió. En el trayecto no cruzaron más palabras. Ella estaba siendo el centro de atención sin que lo pidiera, sin desearlo. Mirando al señor frente a ella, se sentía como una criminal solo por el hecho de que él estaba armado.

Ya pasada una hora, comenzaron a descender hasta llegar a tierra. Les retiraron los cinturones de seguridad y los audífonos y abrieron las

puertas para que pudieran bajar.

–Llegamos. Por favor cuídese. Adiós, señorita Roth.
–Adiós –le dijo acompañado del gesto de la mano.

Se alejaron del helicóptero y este se fue. La pequeña familia se dirigió a la casa con paso pesado. La madre se palpó los bolsillos y no encontró las llaves, el padre tampoco las tenía. Roth se acercó a la gran piedra que estaba junto a la entrada por dentro de la reja, la movió y sacó las llaves de repuesto que estaban escondidas.

–Gracias, preciosa –agradeció la madre mientras abría la reja y luego la puerta para entrar a casa.

Los sillones se habían movido de lugar al igual que las sillas y la mesa. Al ir a la cocina, vieron cómo se habían roto algunos vasos que estaban en altura. El cuarto de Roth tenía los peluches en el suelo y sobre la cama como también unas muñecas y accesorios. Ella se quedó ahí pensando en qué cosas habían hecho enojar así a la Madre Tierra para que reaccionara de esa forma, pero no era el momento. Cuando regresó a la sala de estar, vio a su padre con el teléfono en el oído.

–¿Pa...?
–Shh, está con su jefe –le dijo la madre.
–Vale, nos vemos mañana –colgó y suspiró –. Mañana vuelvo al trabajo.
–Pero tú estás de vacaciones –le dijo la pequeña.
–Hija, hemos perdido muchas cosas. Creo que es momento de recuperar cuánto podamos. Me terminaré de sacudir la ropa afuera mientras mi móvil se termina de cargar.

Salió.

–Tu papá tiene razón, princesa –le sonrió como si a la conversación le faltara una expresión humana.
–Sí, ya veo.
–A tu amigo le agradeceré muchísimo por todo lo que nos ayudó.
–Yo igual: nos ahorró unas ampollas en los pies –dijo el padre entrando a la casa. Rieron –. Por cierto, ¿quién es ese Matt? Necesito una explicación.
–No molestes a tu hija –respondió la madre tomando la mano de Roth.
–Pero ¿quién es?
–Algún día lo sabrás –respondió la niña caminando a su habitación.
–¿Por qué no me dicen?
–Uff –exclamó la madre al entrar en el cuarto de Roth –. Sí que hay que arreglar cosas acá.
–Empecemos cuánto antes para acabar antes de la noche –propuso la niña.
–Así se habla.

–¿De verdad me están ignorando? –preguntó el padre sonriendo. Al ver que no obtuvo respuesta cuando ambas pasaron a su lado, dijo – sí.

Partieron por las habitaciones en caso de que no acabaran y tuvieran que dormir. La de los padres no fue tan compleja, porque era barrer más que ordenar. Luego la de su hija que consistía en recoger y poner las pocas cosas en su lugar. Lo más pesado fue la cocina, pues vieron que la cañería se había desencajado.

–Sigan ordenando mientras intento ver cómo arreglar este pequeño problema –dijo el padre yendo en busca de herramientas.

Ellas obedecieron. Fuero a la sala de estar a ordenar los muebles colocándolos en su lugar cuando se escuchó un victorioso "listo". Las dos volvieron a la cocina para ver y vieron que el padre, además de haber arreglado el lavaplatos, había barrido la loza rota del suelo.

–Exijo saber, como premio, quién es ese Matt.
–Tengo hambre, ¿veamos qué podemos comprar para comer? –preguntó Roth.
–No me dirán.
–Vamos a mi habitación para ver cuánto podemos usar.
– No, no me dirán –dijo para sí mientras ellas se iban a su cuarto.

De pronto, se escucharon personas gritar y pelear afuera. El padre gritó:

–No salgan ni se muestren.

Se trataba de un intento de saqueo. Los vecinos que alcanzaron a pillarlos, los ataron al semáforo de la esquina junto a un cartel amarrado que decía "pégame, soy un ladrón". El padre afuera reunió a los vecinos y quedaron en que se protegerían mutuamente además de montar guardia por si algo ocurría.

El padre entró y la madre apareció de inmediato.

–Elías, ¿qué ocurrió?
–Intentaron robar a don Benito. Evidentemente, no nos hizo gracia. Lo amarraron en la esquina y lo están golpeando. Hoy unos montarán guardia por la noche. Vayan a comprar con cuidado. Si las asaltan, no se resistan, es lo peor que pueden hacer ahora –se acerca a Roth y le deposita un beso en la frente.

Ambas asintieron y se agarraron fuerte la una de la otra cuando salían a comprar y cuando regresaron a salvo. Comieron sin intercambiar muchas palabras, pues el padre estaba al tanto de las insistentes llamadas de su jefe y ellas no buscaban molestarlo. Al acabar de comer, Roth susurró a

su madre:

–¿Puedo beber té?
–Bueno, pero no mucho, porque debes seguir creciendo –le respondió guiñándole un ojo.

El padre al colgar la llamada suspiró molesto. Le sonrió a su hija y se retiró a su cuarto cerrando la puerta: no quería que su hija lo viera así. La madre apareció con la pequeña taza de té.

–Vamos a la cama, es mejor que ya te acuestes. Ha sido un día bastante pesado.
–Sí, mamá. ¿Cómo está tu brazo?
–Bien, fue superficial, así que dejará una cicatriz pequeña –dijo señalando su brazo derecho.

Roth tomó las cosas que ella había usado y las dejó en el lavaplatos. A posteriori fue a su habitación cerrando la puerta y dejando la taza de té en su velador. Se puso el pijama que tenía bajo la almohada, se tapó y se sentó para disfrutar de estos "momentos ilegales" como beber té cuando uno pequeño. El padre y la madre tocaron la puerta.

–Pase.
–Y... ¿me van a decir quién es él?
–Ay, ya basta –bufó la madre.
–Bromeo... un poco. Buenas noches, princesita de mi corazón –se fue.
–Buenas noches, papi.
–Hija, acá está la caja que te dejó Matt en Cartagena –Roth se enderezó y tomó de inmediato aquel paquete y lo abrió para volver a ver esa carta escrita a mano –. ¿Puedo leerla?
–No, es mía. Puedes ver la ropa que él eligió, a mí me gustó bastante. Tiene mejor gusto que mi papá –admitió susurrando.
–Pues sí –dijo tomando la ropa –. Iré a ver qué tal va tu padre. Te quiero mucho, corazón.
–Y yo a ti.

Roth se quedó sola en la habitación. Escuchaba algunas palabras por detrás de las paredes y supo, entonces, que su padre debía irse a trabajar ahora para que las cosas se fueran arreglando de a poco y que el hermano de su mamá le trajo el auto para que tuvieran cómo transportarse.

Sin embargo, ella no quería pensar esas *cosas de grandes*, no ahora que es pequeña, no ahora que podía imaginar, que podía soñar.

Mientras tomaba a sorbos su té, pensaba en el nuevo amigo que se había hecho. Se acordaba de su cabello negro, de sus ojos azul oscuro, de su habla tan formal y limpia: de todo lo que había visto de ese niño. Pero el *¿por qué fue tan amable conmigo?* era la gran interrogante que, sin

saberlo, la seguiría por años.

–Buenas noches, Matt –susurró acomodándose para dormir.

Capítulo 4

–¡Arriba los corazones que hoy es el primer día de clases! –dijo la madre.

Roth despertó del quinto sueño cuando su mamá entró con su grito mientras abría las cortinas.

–Ya, ¡arriba! –decía la madre con ímpetu.
–Es muy temprano –dijo Roth quejándose mientras se tapaba con las mantas de la cama.
–¡No me importa! –respondió la madre quitándole la ropa de cama de encima.

Roth bufó y gruñó, pues no se quería levantar. Se sentó con el cabello despeinado y bostezó con la misma elegancia de un elefante.

–¡Primer día, princesa!
–Sí te oí, mamá. Deja de gritar, por favor.
–Bueno, pero apresúrate. En el comedor estará tu desayuno listo.

Suspiró pesadamente y se levantó para sacar su uniforme de polera azul oscura, falda azul marino a cuadros de líneas rojas, calcetas oscuras, su chaleco y sus zapatillas negras. Al ponerse la ropa, fue al baño a lavar su cara y domar su cabello rizado que, luego de un rato, cedió. Caminó hacia el comedor donde su madre depositó su leche de chocolate y un pan con jamón y se sentaron para desayunar juntas.

–De milagro dejaste de gritar –dijo Roth tomando un sorbo de leche.
–¡Desayuna rápido! –respondió guiñando un ojo.
–Qué gracioso de tu parte -agregó sonriendo –. ¿Y mi papá?
–Salió temprano a trabajar
–Ah, bueno. Había olvidado que últimamente se queda hasta tarde por allá y que de acá se va temprano a trabajar.

Algo dentro de ellas intuía al respecto, pero no querían mencionarlo.

–¿Estás lista? Ya se te hará tarde.
–Sí. Vamos.

Roth se levantó en busca de su mochila y fue afuera con su madre y, luego de cerrar las puertas con llave, se subieron al auto. Ya sentadas la una al lado de la otra, Roth encendió la radio para que el viaje fuera más agradable: se escuchaba a Daddy Yankee, Yandel, Flo Rida con sus canciones de 2012 que aún resonaban a inicios de 2013. Ambas iban bailando, dentro de lo que podían, sin aguantar las ganas de cantar *Limbo*

que seguía de moda.

No obstante, cuando se escuchaban canciones que ella no conocía, se dedicaba a pensar en los compañeros nuevos; que si eran buenas personas o si tenían talentos ocultos. Ya era cuarto año consecutivo en que ella iba en el mismo colegio, por lo que ella conocía cómo funcionaban sus compañeros y lo que solía ocurrir los primeros días: se va uno o dos y vienen como mucho tres nuevos. Siempre era así y le gustaba la idea de que se mantuviera por un tiempo.

Al llegar, ambas suspiraron y sacudieron las manos tres veces como lo hacían todos los años con la intención de que todo saliera bien. Se bajaron y caminaron hasta la sala de Roth que quedaba en el último pasillo (si entrabas por la puerta principal). La puerta estaba en la esquina izquierda al fondo donde, en grandes letras decía "5° BÁSICO". Ambas se acercaron y, por supuesto, como toda amiga que se respeta, Josefa llegó corriendo a abrazar a Roth. Jamás, en una relación de mejores amigos, el drama es innecesario... a veces, claro. Ellas se habían visto el día anterior, pero se sintieron como siglos sin verse.

–¿Qué tal? –preguntó la morena amiga que no podía dejar de sonreír.
–Bien. Todo bien, ¿y tú?
–Ya, creo que estoy sobrando acá –dijo la madre –. Me voy, cuídense –les dio un beso en la frente y se fue.
–Bien... O sea, no tanto.
–¿Por qué? ¿Te pasó algo?
–Se fue...
–Ay, Jo. Recuerda que aún somos pequeñas para pensar en amores de toda una vida.
–Sí, quizá sea así...
–Espera –dijo Roth, pues supo que había algo detrás de esa mirada lasciva que Jo acababa de dar –. Estás con él, ¿verdad?
–Puede...
–¡Tonta! –le respondió dándole un empujón –. Ayer no me contaste nada, ¡qué Judas de tu parte!
–Es que no sabía cómo –se excusó.
–Bueno. Entonces es un tipo de relación a distancia.
–Así es. Confío en él como él confía en mí.
–Está bien. Cambiando de tema, ¿hay compañeros nuevos?
–Así es: llegó uno y se fueron dos de nuestros dibujantes.
–Por lo tanto, nos quedan cinco, a no ser que el nuevo sea hábil en el dibujo también.
–Eh, no lo creo -sonrió.
–Ya. La campana está por sonar. Adentro todos –dijo la profesora llamando a sus alumnos.
–¿Nos sentamos jun...?
–Por supuesto. Es más, te tengo guardado el puesto.
–Amiga –decía mientras entraban en la sala de clases con el sonido de la

campana de fondo –, eres la mejor.
–Oh, por Dios. ¿No es esta la niña más linda del mundo? –dijo Fernando.
–Oh, por Dios. ¿No es este el niño más baboso de la galaxia? –respondió Roth.
–Menuda respuesta me has dado –sonrieron.
–Ya, siéntense; en el recreo hablan –dijo la profesora mientras se ponía en el centro de la pizarra blanca que tenía en letras azules escrito "Bienvenidos al año 2013" esperando que todos estén en sus lugares.

Luego de saludar comenzaron las presentaciones. Jo solo había visto a una persona nueva, pero estaba equivocada, pues en realidad eran tres en total; sin embargo, las dos amigas no estaban interesadas en saber sobre ellos. Josefa escribía, disimuladamente, las vacaciones que había tenido con Rick (Ricardo) que no había contado el día anterior a su amiga.

A Roth le hacía gracia, porque ellas tan solo tenían 12 años y su amiga ya pensaba en grande. Pero le gustaba que fuera así, por algo eran amigas. Amaba esa parte que siempre agrandaba las mejores cosas y se dedicaba a minimizar las malas; que ella podía ver cosas que, para los otros, incluso de grandes, les cuesta hacer. Esa era Josefa, una niña pequeña que pensaba en grande.

Luego del típico discurso de inicio de año en marzo, ya eran las diez y media, es decir, recreo.

–Pueden salir –dijo la profesora abriendo la puerta y volviendo a su puesto.

Roth y Josefa se giraron de su puesto para poder conversar con Fernando quien quería compartir un poco de lo que habían sido sus vacaciones.

–Fuimos a San Pedro de Atacama. A mí me gustó mucho el lugar, sobre todo el Valle de la Luna –levanta los brazos y exclama –. ¡HERMOSO! Pero a mi mamá no le gustó por algo que nos pasó... Ya les contaré.
»Fuimos al Ojo del Salar en auto. Estábamos ahí en la orilla y, compañeras mías, uno flotaba por la sal que había en ese pequeño espacio. Amigas, yo ponía la mano quieta y no se hundía. Bueno, la cosa es que mi papá se quería tirar, porque dijo: si uno tan solo en la superficie flota, yo debería salir rápido del fondo.
»Ya –ríe –. Él se subió a una parte que estaba más alta, yo creo que a más de un metro. Y se tiró... y no salía. Estábamos súper asustados porque ya habían pasado como treinta segundos y él seguía allá, abajo del agua.
»Hasta que por fin salió. Estaba rojo. Nos dijo que no subía, que el tiempo se había detenido ahí abajo.
»Pero no fue lo único que pasó. A los segundos de secarnos todos, vimos que se acercaba una nube más negra que el color negro. Ahí nos subimos

al auto y *PUM*, empezó la lluvia. Sí, señoritas: nos topamos con el invierno boliviano.
»De regreso a la cabaña que arrendaron mis papás, todo era barro y agujeros enormes en el suelo. Mi hermana casi vomitó de lo mareada y asustada que estaba. Mi papá, que estaba conduciendo, seguía a otro auto que estaba adelante que se había ofrecido a guiarnos por el mejor camino, solo podía repetir que le daba pena ver a la gente.
»No, no fue de forma despectiva a las personas, era la verdad. Era terrible ver cómo la gente sacaba el barro desde dentro de sus casas, porque allá estas son de barro; entonces era ver que sus casas se estaban rompiendo.
»Por desgracia, al llegar a la cabaña, nos topamos con algo sospechoso, ya que había un hombre adentro. Estaba nervioso cuando nos vio entrar. Luego se fue excusándose con la idea de que había entrado a ver si había fugas y cosas así. Pero mi mamá, al revisar sus cosas, se dio cuenta de algo: alguien le había robado todo el dinero que tenía ahí. Eran como trescientos mil pesos.
»Un amigo de mi papá es trabajador de banco, entonces vio de inmediato qué cosas habían comprado con el dinero; debo recalcar –dijo mientras levantaba un dedo exagerando su voz –que no tengo idea de cómo fue el proceso exactamente. Pero sí sé que supieron que los sinvergüenzas se habían comprado una cámara. Afortunadamente supieron quién había entregado el dinero y, efectivamente, había sido uno de los cuidadores de la cabaña. Sí, el que estaba dentro. Fin.

–Guau –exclamó Jo –. Qué horribles vacaciones para tu mamá.
–Así es.
–¿Lograron recuperar parte del dinero, es decir, lo que sobró? –preguntó Roth.
–Sí. Oigan, iré al baño. Es urgennnnnte.

Fer se inclinó como el bobo que es y se fue. Roth con Jo siguieron conversando y jugaban a “casar, besar y matar” sobre famosos.

–Ya. Creo que –decía Ro –me casaría con Brad Pitt, beso a Dicaprio y mato a Shia LeBouf.
–Concuerdo perfectamente contigo.
–Oye, Ro –dijo Fer entrando a su círculo de amigas.
–Dime.
–Hay un chico afuera que te busca.
–¿Qué? Eh, voy.

Ella salió sin saber quién era la persona que la estaba esperando. Al estar afuera junto a la puerta, lo vio. Ahí estaba parado un chico de cabello negro como el azabache y los ojos azul oscuro como si el cielo estuviera de noche mostrando su sutil belleza sin llegar al negro. Estaba vestido de una forma casi inexplicable a primera vista, porque primero dirías que está formal con su chaqueta de traje, pero los vaqueros no los son... él

era una mezcla.

–Hola, Roth –dijo el joven que hizo vibrar con su voz un ligero recuerdo a la chica que tenía en frente.
–Hola. Oye, lamento no recordarte, porque es evidente que sabes quién soy... dijiste mi nombre. Espero no te moleste, pero ¿cómo te llamas?

El chico sonrió evitando demostrar tristeza al ver que aquella niña que había conocido hace un tiempo atrás ya no lo recordaba.

–Soy Matt –los recuerdo del niño en la mente de Roth despertaron y se sintió mal por haberlo olvidado –. No pensé que te olvidarías de mí tan fácilmente –admitió sin transmitir pena –. Sin embargo, es normal debido al tiempo que pasó desde *ese* momento.
–Oh, de verdad lo lamento –dijo con sinceridad –. En mi defensa, es por los años que pasaron desde entonces. Además, fue bastante feo lo que viví: necesitaba olvidarlo.
–Ja -sonrió dulcemente –. No te sientas así. Debo admitir algo –se acercó un poco más a ella –, Roth: sigues igual de adorable que hace tres años atrás.

El corazón de la chica estaba a punto de salir de su pecho por lo que estaba pasando en ese mismo momento.

–Ah –sonrió mirando hacia abajo –. ¿Gracias? Disculpa, no quiero ser descortés, pero ¿qué haces aquí?

Matt acudió a la elocuencia.

–¿Te molesto? –respondió mientras pensaba en una mejor respuesta que darle.
–No, no... para nada. Es extraño, porque recibir visitas en el colegio es algo nuevo para mí –preguntó mirando sus ojos azules.
–No me molestaría hacerlo siempre que pueda. No obstante, ¿te incomoda que esté aquí?
–Creo haber respondido que no.
–Diferente pregunta, pero se asemejan –sonrieron.

Matt debía actuar rápido.

–¿Por qué me miras así? –preguntó él con cierta picardía.
–¿De qué hablas? –respondió ella algo confundida.
–Lo formularé de otra manera, ¿por qué me miras con deseo?
–Ah... yo.
–Tranquila –rio –. Solo juego –guiñó.

Pero no era juego: solo no quería incomodarla.

Roth estaba nerviosa, puesto que él la miraba y reía sin saber si era porque ella le causaba ternura o por si se veía tonta. Además, por si fuera poco, las compañeras desde dentro de la sala hacían gestos coquetos al ver a Matt.

Hormonales.

–Mas, ¿no deberías de haber intuido un poco a lo que me refería con la mirada? Creo que te falta una pizca de madurez.
–Ay –dice sarcástica –hijo del mismísimo Tutankamón proveniente de los egipcios, por favor perdona a esta simple mundana.
–Mira quién tiene un lado cómico –respondió levantando el mentón de Roth para verla a los ojos.

Ella no estaba lista para esto. No había leído novela que la preparara para reencontrarse con alguien desde hace tres años siendo aún una niña. No sabía cómo reaccionar, pero algo era seguro: no tenía miedo.,

–Eres muy tierna.
–Mhm –se sonrojó –, gracias. Oh –abrió más los ojos –, por parte de mi familia te quiero agradecer por todo lo que nos ayudaste en el 2010. De verdad, de todo corazón, nosotros...

Y él besó, como un roce de niños, los labios de Roth.

–De nada.
–¿Disculpa? –exclamó Fernando a quien no le gustó lo que acababa de ver.
–Vaya –dijo Matt tan indiferente que a Roth se le erizaron los pelos de los brazos –, no sabía que tenías novio.

Él apuntó.

–No tengo.

Y le dio al blanco, el blanco que ya sabía y lo debía corroborar.

–Ah –continuó Fer –, creí que venías a entregar algo y luego te irías.

¿Por qué se comporta así? pensó ella.

–Sí, le entregué algo: una visita. Sin embargo, debido a tu interrupción, el encanto se ha ido.
–Ja –exclamó con sarcasmo –. Lamento haber interrumpido semejante velada.
–Creo que es momento de que te vayas –le dijo Roth a Matt dando un

paso adelante dejando atrás a Fer quien estaba su lado –. No es porque no quiera estar contigo, pero quiero estar con mis amigos también. El colegio no es para siempre.
–Sí. Ni siquiera deberías estar aquí –agregó Fer poniendo más carbón al fuego.

Carbonero baboso estúpido, pensó Roth sobre Fer.

–Uh –soltó Matt encorvándose enseñando que él también puede amenazar –. ¿Quién lo dice?
–Eh, no lo sé. Consulta, ¿tienes el permiso de la directora para estar aquí, acaso? –preguntó satisfecho.
–En eso Fer tiene razón. Si te pillan, puedes meterte en problemas –dijo preocupada.
–Tranquila, Roth, tengo la autorización de su misma directora para estar aquí y venir las veces que quiera por el tiempo que se me antoje... Por si no sabían –remató.
–Oh –dijeron ambos mientras Matt se llenaba de gozo por dentro: no había nada más grandioso que callar a las personas.
–Así –continuó –que ningún inspector puede echarme de la institución. Ahora, con todo el debido respeto –suspiró mirando su reloj –, debo irme. Nos vemos, Roth. Fue un verdadero agrado volverte a ver; mas se arruinó por algo –dijo marcando la última palabra mientras miraba a Fernando con mucho recelo –. Me habría gustado no haber tenido cierta interrupción, pero bueno. Nos vemos –se despidió depositando un suave beso en la frente de ella y una mirada fría a Fer.

Espera, ¿qué acaba de pasar?

Capítulo 5

Fernando esperó treinta segundos antes de preguntarle a Roth:

–¿Y ese quién era?

–Ese se llama Matt –respondió borde.

–Y de pronto eres cortante.

–No.

–¿No?

–No.

–¿Qué ocurre aquí? –preguntó Josefa saliendo de la sala.

–Le quitaron la virginidad de labios –respondió Fer irritado.

Guau, ¿virginidad? ¿No se te pudo ocurrir otra palabra?

–¿Cuándo? –preguntó riendo mirándonos a ambos, pero al ver el rostro de Fernando, bajó la cara intentando ocultar su sonrisa.
–Hace menos de cinco minutos –respondió.

Roth no cruzaba palabra: no podía salir nada de su boca. Se sentía condenada a tener que pasar esta vergüenza mientras sus mejillas ardían tornándose de color rojo.

–No puede ser –dijo Jo casi para sí –, me perdí esa escena.
–Sí, *esa* escena –repitió con la mandíbula apretada.

Josefa y Roth se quedaron viendo mientras él se iba a comprar algo dulce en la tienda que estaba dentro del colegio. *Qué vergüenza*.

–Uff. Celos, por favor –dijo jugando.
–¿Celos? –rio –, ¿de Matt? ¿De verdad?
–Obvio –dijo mientras volvía a entrar en la sala tomando la mano de Roth –. Amiga, le gustas desde que llegó al colegio. ¿Cuántos años tiene ese...?
–Matt.
–¿... ese Matt? Qué nombre tan corto para él.
–Ja. Eh, creo que aún no cumple los 14. Si mal no recuerdo, dijo que su cumpleaños era abril –*Roth, ¿recordaste ese detalle, pero a él no lo reconociste?*
–Entonces sigue teniendo 13.

–Sí.
–No se llevan por tanto tiempo –dijo sentándose en la mesa. Roth hizo lo mismo en la del frente –. Ahora, debes contarme cómo lo conociste.
–Sí, Roth –dijo una compañera –. Cuenta de dónde conociste a ese niño.
–Ahg, vámonos –Josefa se levantó y arrastró a su amiga hasta el toldo –. Ahora sí, dime.

Roth le contó lo que recordaba: se conocieron un día antes del terremoto y cuando ocurrió eso, una ola se la llevó y casi se murió. Cuando despertó había un calvo como el que aparece en *Lilo y Stich* que dijo que había salvado su vida y que, además, Matt lo había mandado para rescatarla.

–Ay –Jo se sacudió inquieta –, qué miedo.
–Sí. Me había olvidado de él. Debiste ver su rostro cuando se lo dije.

El resto de la jornada fueron actividades recreativas para dar la bienvenida a los alumnos y profesores. Cuando iban saliendo, Roth sacó su monedero para tener el dinero a la mano para un taxi, ya que su mamá no podía recogerla.

–¿Estarás bien si vas sola? –preguntó Fer.
–Claro. ¿Por qué no lo estaría?
–Nunca está de más tener precaución –respondió Jo.
–¡Roth! –gritó alguien.
–¿Alguien me llamó o solo me lo imaginé?
–Es él. Adiós, Roth –respondió Fernando y se fue.
–¿Te llevo a casa? –preguntó Matt con una mirada felina.
–Ah, no. No, gracias –respondió nerviosa mientras Josefa se mordía el labio para no reírse –. Voy a tomar un...
–Yo –se acercó –debo insistir.
–Bueno, no creo que sea malo aceptar por esta vez.
–Fantástico –tomó la mano de Roth –. Vamos.
–Adiós, Jo.
–Adiós, Ro.

Se despidieron con un beso en la mejilla y se fueron. Caminando hacia la salida del estacionamiento, Roth se sentía culpable. *Soy de lo peor: le falté a la palabra de mi madre de que nunca me subiría al auto de algún desconocido. Aunque, ahora que lo pienso, Matt no es eso.* Se detuvieron al borde de la calle.

–Debemos esperar un poco –dijo serio.
–¿Por qué?
–Viene un auto a recogernos, pero aún no llega. Se atrasó.
–Tranquilo, puedo irme sola. Mira, ese taxi está solo, puedo irme...

–Llegó.

Un auto completamente negro se detuvo frente a ellos. *Eso grita «Matt»*.

–Damas primero –dijo Jack abriendo la puerta izquierda luego de ver que ningún auto pasara.
–Gracias –respondió sonriendo.

Luego de subir, cerró la puerta y caminó hacia el lado derecho para que Matt subiera. Ya los tres dentro y con el cinturón de seguridad puesto, el auto comenzó a moverse. Roth pensaba que jamás estaría cerca del lujo y supo de inmediato que estaba muy equivocada. Matt se giró hacia ella quien miraba la ventanilla que separaba el asiento trasero del de adelante.

–¿Cómo estuvo tu primer día de clases?
–Ya sabes, es lo de siempre.
–La verdad es que yo no lo sé –admitió mirándole las manos.
–¿A qué te refieres?
–Estudio en casa desde los cinco. Solo fui al colegio en prekínder, pero luego de que... de que ocurriera un incidente, tuve que adaptarme a esta nueva forma. La verdad es que si aprendes desde pequeño, no se hace difícil.
–Oh, lo siento. Entonces te contaré.
»Siempre es igual. En la mañana nos desean buen inicio de año y se presentan los compañeros nuevos. Entre amigos nos contamos cómo fueron nuestras vacaciones para tener algo de qué hablar, pues siempre hay algo nuevo. Luego del primer recreo, inician las actividades para que los alumnos participemos. En lo personal, me gusta más ver que jugar: me da vergüenza.
–¿Qué tipo de juegos son?
–Nos separan para evitar injusticias. Mi curso juega con sexto. Son juegos simples como saltar la cuerda, la pinta, la pelota, Tombo... cosas así.
–Se escucha divertido.
–Sí, lo es.
–Joven Matt –dijo Jack bajando la ventanilla –, mañana debe presentarse en la junta privada con su padre a las nueve.

¿Joven Matt? Pensó extrañada.

–¿Se sabe con quién?
–No manejo esa información; es mejor preguntárselo a su padre.
–Bien. Gracias.

La ventanilla volvió a estar arriba.

–Me sorprendí al estar en tu colegio.
–¿Y eso por qué?

–Es más pequeño de lo que yo pensaba.
–Yo creo que es un buen tamaño para ser un colegio nuevo. Se fundó en el 2011.
–Bueno, tenemos puntos de vista diferentes al respecto. Ahora –cambió su tono de voz a uno severo –, ¿quién es aquel joven que nos interrumpió de forma irrespetuosa mientras hablábamos?

¿Eso hacíamos? ¿Hablar?

–Fue Fer. Quiero decir, Fernando. Es un amigo de hace tiempo.
–¿Solo amigo?
–Así es.
–Uff –suspiró –. Qué bueno.
–¿Por qué?
–Ah –miró a Roth –. Es por... eh. Si era tu novio sería más difícil hablar entre los dos.
–No comprendo.
–Déjalo, no vale la pena seguir con el tema.

No, no lo era. Matt *guardó sus cartas*. Se giró mirando hacia la ventana intentando evitar que sus ojos delataran la culpa que sentía. Se volteó hacia Roth tomando el mentón de ella mientras acariciaba su mejilla con el pulgar. *Suave como el trasero de un bebé*, pensó.

–¿Me podrías soltar, por favor?
–¿Por qué? –preguntó mirándola a los ojos.
–Es incómodo –dijo bajando la mirada.
–¿El que te tenga así o por estar conmigo?
–Me salvaste una vez, pero sigues siendo un extraño.
–Sí, tienes razón –la soltó y le sonrió –. Quédate tranquila, porque yo no planeo dañarte.

Ella rio nerviosa. De pronto, exclamó:

–¡No le dije la dirección!
–Ja –se burló –. Sigues a tiempo.

Matt golpeó la ventanilla y esta se bajó. Él se reía en silencio cuando veía cómo Roth intentaba no tartamudear por lo nerviosa que se encontraba al explicarle en dónde vivía. Luego de informarle a Jack, la ventanilla se cerró.

–Qué tierna luces cuando estás nerviosa.
–Ahm –se sonrojó –, ¿por qué?
–Nada –respondió manteniendo su sonrisa. Se inclinó hacia adelante y sostuvo entre sus dedos un frasco con líquido –. Cuando lleguemos a tu casa, ¿habrá alguien?
–No –dijo fingiendo no haber visto lo que él tenía –, mi mamá llegará

tarde. Tenía que ir al médico.

Qué tonta eres, Montalva. ¿Para qué le dices estas cosas?

–Bueno. ¿Debes almorzar?
–Sí, mi mamá dejó comida preparada para que yo coma tranquila.
–Ah, está bien –dijo dejando el frasco en su lugar y volviéndose a sentar bien –. Planeaba invitarte a almorzar. Será para otra ocasión.
–Hemos llegado, señorita Montalva.

Ella iba a salir, pero Matt la detuvo.

–Señorita –dijo el chofer abriendo la puerta mientras extendía su mano para ayudarla a bajar.
–Ahora sí –aclaró el joven.
–Adiós, Matt.
–Nos vemos, Roth.

Se bajó y agradeció al conductor por haberla traído quien le respondió con una amable sonrisa. Se quedó ahí mirando hasta ver que el auto se había ido.

Qué guapo está, admitió dentro de su cabeza como si su boca no estuviera preparada para mencionar tal pecado.

Capítulo 6

Roth entró a casa y fue a la cocina a sacar la comida que su madre le había dejado. Mientras se calentaba en el microondas, ella fue preparando la mesa colocando un individual para su puesto y otro para poner el jugo y las servilletas; tenedor y cuchillo y un vaso. Aún quedaban unos treinta segundos para que se escuchara el típico sonido de aquel aparato, por lo que fue a su habitación a cambiarse de ropa.

–Adiós a la falda, la camisa y el chaleco. Adiós, calcetines y zapatos. Hola, shorts, polerón y zapatillas.

Antes de salir de su cuarto para almorzar, le dio un beso a aquella ardilla de juguete que Matt le había regalado hace un par de años. Roth no estaba triste por la comida que su madre había cocinado, al contrario: estaba contenta al ver que había salchichas con arroz. Se sentó, se sirvió un poco de jugo sabor a melón y comió. No era un almuerzo de lujo, pero estaba muy bueno.

Al acabar de comer, recogió la mesa y lavó su plato, los cubiertos y su vaso para ir nuevamente a su habitación a descansar. Sacó su celular de la mochila y notó que tenía un papel en la carcasa. *Qué raro, yo no puse eso ahí*. Mas todo se aclaró cuando leyó en él el nombre "Matt".

–Uff, ¿es que no puedes ser normal y decirme "dame tu número"?

Miró a la ardilla como si esperara una respuesta y se sonrió por aquella estupidez. Añadió el número y le envió un hola. Segundos después, llegó un mensaje preguntando sobre quién era.

Miró a la ardilla como si esperara una respuesta y se sonrió por aquella estupidez. Añadió el número y le envió un hola. Segundos después, llegó un mensaje preguntando sobre quién era.

–Soy Roth.
–¡Hola! Me alegra que el papel siguiera en su lugar.
–Eso fue suerte, porque suelen despegarse. Pero no entiendo cómo llegó aquí.
–Jack lo pegó durante el recreo mientras no estaban en la sala.
–¿Se metió sin permiso? ¿Y si lo pillaban?
–Lo bueno es que nadie lo vio.
–¿Por qué no me lo diste en persona?

En el chat se veía que él escribía, pero luego desaparecía. *Debe estar pensando qué decir*.

–Tenía una reunión importante con mi padre: no tenía tiempo.
–Como digas.
»¿Jack es el chofer?
–Así es. Tiene un hijo que es mi amigo; se llama Michael. Él quiere ser como Jack.
–Me alegra que al menos tengas un amigo.
–¿Por qué?
–Me contaste que no vas al colegio, por eso digo.
–Entiendo.
»Creo que le agradarías a Mike.
–¿De verdad?
–Sí. De hecho, preguntó por ti.

Qué incómodo. Quizá qué le dijo.

»¿Qué haces?
–Estoy en mi cama acostada hablando contigo. La verdad es que no soy nadie interesante, no te mentiré.
–Roth, eres fascinante. Estoy seguro.

AAAAAAH, gritó mentalmente.

–Gracias. ¿Y tú?
–Estoy seguro de que yo también lo soy ;)

Y yo también lo creo.

»Jajaja, bromeo. Estoy sentado frente a mi escritorio. Hace unos minutos acabé de ordenar unos papeles.
»Claro que también hablo contigo.
–Eso está claro jaja
–Lo siento. Me acaban de llamar para salir. ¡Nos vemos!
–¡Adiós!

Matt ya aparecía como desconectado así que bloqueó el celular y lo dejó a un lado. Mirando el techo se preguntaba el motivo por el cual aquel chico había regresado a su vida... y con qué intenciones.

–¡Llegué! –gritó su madre cerrando la puerta.
–¡Estoy en mi cuarto!
–Hola, princesa. ¿Qué tal el primer día?
–Estuvo bien.
–Uff, ¿por qué tan borde?
–Lo siento, es solo que...
–¿Llegó un compañero guapo?
–Algo así.

Ni se le acerca.

–Interesante, corazón –dijo mirando el reloj en su muñeca –. Me gustaría seguir sabiendo sobre tu día, pero ya sabes cómo es este trabajo.
–Sigues acostumbrándote.
–Así es. Nos vemos, amor.

Después del año 2010, la madre de Roth tuvo que comenzar a estudiar para ayudar con los ingresos a su esposo. Se graduó hace poco y ya trabaja como secretaria en una pequeña empresa en la capital. Debido a los gastos, los padres no sabían si podían pagar el colegio de su hija, pero por el desempeño de Elías, este se ganó un ascenso. Roth, por su parte, fue becada por excelencia académica, por lo que el pago del colegio no fue tan costoso.

Roth suspiró cuando vio que su celular había vibrado por un mensaje de Fer.

–Hola
–Hola –respondió sin ganas.
–Por lo que veo, el idiota te dejó en tu casa.

Ahg.

–Suponiendo a que te refieres a Matt, sí.
–Ajá.
–¿Sabes?
»Tengo cosas que hacer.
–Vale.

Ella se desconectó irritada, ya que no encontraba un motivo razonable para que se comportara de esa manera en contra de Matt. Fernando y Roth son amigos desde hace dos años cuando llegó al curso de ella. A Ro le llamó la atención el verlo diferente de sus otros compañeros. Cuando comenzaron a conocerse más, Fer le contó que tuvo que repetir un año por estar muy enfermo y que estuvo otro año completamente ausente. Desde entonces, ambos se convirtieron en grandes amigos sin importan sus años de diferencia.

–¿Hija?
–¿Sí?
–¿Me ayudas con algo, por favor?
–¡Voy!

Se levantó despacio para evitar marearse (aunque, la verdad es que nunca toma esa precaución) y caminó hacia la sala de estar en donde su madre se encontraba con una caja, pero ambas se quedaron quietas al

escuchar la música del reportaje urgente en la televisión:

–En otras noticias –decía Tamara Olivo –, se ha identificado una alteración abismante en la zona Central de la Región Metropolitana, pero será peor en la provincia del Maipo, específicamente en Nabun.
–Es justo aquí –dijeron preocupadas.
–Sin embargo, la anomalía es tal que varía desde una horda de calor a un aluvión.
»Francisco Alarcón, quien está al mando del extraño suceso, dice que no se puede especificar y, con ello, no se puede decir un dato en concreto.
–¿Será al azar?
–Eso parece –respondió la madre.
–¿Es siquiera posible algo así?
–No tengo idea, pero...
–Pedimos por favor que se preparen para ambas opciones –terminó de decir la dama de las noticias.
–No tenemos los requisitos para soportar una lluvia tan fuerte –dijo la madre mirando a su hija.
–Tranquila, mamá; no creo que tengamos tanta mala suerte.
–Hace cuatro años vivimos una pesadilla en la playa y parecía ser solo un verano más.
–Tres años. Es 2013, no 2014.
–Eso. Es solo que he estado reordenando papeles de otros años así que siento que estoy perdida en el tiempo. Debemos prepararnos para lo que venga, ¿sí, amor?
–Sí, mamá.

El teléfono de Roth comenzó a sonar: la estaban llamando. Ella fue a su habitación extrañada, ya que nadie la suele llamar; pero cuando vio de quién se trataba, todo cobró sentido.

–¿Matt?
–Hola, Roth... otra vez.
–Hola.
–¿Escuchaste la televisión?
–¿Te refieres al clima extremo que se presentará?
–Sí. Me preocupa que donde vives será peor.
–Tranquilo, estamos listos para recibir al sol.
–¿Y a la lluvia?
–No creo que justo llueva.
–Eso es un no. De todos modos, estaré al tanto. Tengo otra pregunta, ¿te molesta que vaya a tu colegio una vez a la semana?

¿Qué?

–¿Con qué fin?

Caminando en su habitación mientras había silencio, Matt respondió.

–Para no olvidar ninguna facción de tu rostro.

Nosborn, qué galán, pensó recordando una frase de *Drake & Josh*.

–Ah –apretó los labios conteniendo su asombro –. Yo no tengo problema, pero debes ver también por la directora y los profesores.
–La directora ya aceptó y los profesores deben acatar, la verdad. Si llegasen a tener conflictos, deben hablar con ella.
–Siendo así, creo que no hay problema.
–Perfecto, quería escucharlo de ti, pues de todos modos voy a asistir –antes de darle espacio a responder algo, añadió –. Roth, me encantaría seguir escuchando tu voz, pero debo organizar los papeles de una reunión que tengo mañana con mi padre. Nos vemos.
–Adiós, Matt.

Suspiró y dejó el celular encima de su cama y volvió donde su madre.

–Ahora sí puedo ayudarte.
–Fantástico. Encontré el espejo que nos regaló tu tía Carol así que saqué el viejo que teníamos detrás de la puerta. ¿Me ayudas a poner el nuevo ahí?
–Sí, claro.

Entre las dos sacaron el largo espejo de la caja y lo colocaron sobre el sofá para descansar los brazos. Acto seguido, contaron hasta tres y lo tomaron colgándolo en la pared.

–Mira qué guapa te has puesto. Ella decía lo suertuda que eras por tener el cabello liso y con rizos es las puntas.
–¿No lo saqué de ella?
–Sí, naturalmente. Recuerda que tuvo un problema y se lo tuvo que alisar: no volvió a estar como antes.
–Lo había olvidado.
–También decía que tenías suerte por haber nacido con mis ojos pardos tan bonitos.

Ambas se quedaron mirando en el espejo cuando la madre le dio un beso en la cabeza diciéndole que se podía ir en cuanto sacaran el espejo viejo a la terraza. De regreso a su habitación, se acostó encima de su cama pensando y recordando a su tía que hace un año no veía, pero el sueño la dominó.

Capítulo 7

–¡Roth, despierta! –gritó la madre.

Despertó confundida sin entender por qué estaba gritando.

–Está lloviendo a cántaros. Ayúdame a tapar las goteras antes de que la casa se inunde, por favor.
–Voy.

Se levantó de golpe sintiendo el suelo húmedo y su cabeza mandándola a dar vueltas por el mundo. Se puso zapatos secos y una chaqueta y fue a la cocina en busca de algún recipiente para ayudar a su madre.

–Iré a ver si algún vecino puede ayudarnos, ¿sí, amor? Quédate aquí.
–Seguiré intentando ver qué puedo hacer mientras.

Le lanzó un beso y salió con un paraguas. Vació las fuentes en el patio, las volvió a poner en su lugar y fue a su habitación a ver qué se había dañado. Lo primero que vio fueron sus cuadernos: casi todos se salvaban, pero el de *Consejo de curso* estaba muerto; Roth celebró por dentro al saber que estaban recién iniciando el año. Sintió una vibración simple y recordó que su celular se encontraba encima de la cama que, al tocarla, estaba mojada. Vio la hora: seis de la mañana con tres minutos.

–Hola, ¿están bien? –preguntó Matt.
–Hola. Sí.

No quiero que se preocupe.

–¿Estás segura?
–Sí, sí. Solo hay goteras en la casa, pero ya están cubiertas.
–Iré hacia allá cuando me desocupe.
–No, tranquilo. Mi mamá se está consiguiendo recipientes.
–Estoy por acabar. Te veo en diez minutos. Nos vemos.

Y se desconectó dejando a Roth desconcertada. ¿Estaba trabajando a esta hora?

–¿Y ahora qué haré? –se preguntó en voz baja –. Y si viene, ¿cómo se la presentaré a mi mamá? "Hey, él es el chico de la playa que nos ayudó un montón y que hace nada me quitó la virginidad de labios como dijo Fer." ¡No! Me matará.

Suspiró sin darse cuenta de que no lo estaba pensando y que, por suerte,

seguía sola hasta que llegó la madre anunciándose.

–¡Llegué! –fue corriendo a recibir a su madre –. Ayúdame a poner estas cosas en tu habitación: tenemos once nuevos recipientes.

Tomaron cinco fuentes y los colocaron en diferentes puntos del cuarto de Roth. La madre maldecía en voz baja al recordar que a las cinco de la mañana su esposo, sabiendo que estaba lloviendo, la dejó para irse a trabajar.

–Ve a prepararte algo para comer mientras tanto. Yo seguiré haciendo cosas.
–Está bien, pero si necesitas ayuda me llamas, ¿sí?
–Bueno.

Fue a la cocina esquivando los recipientes en el suelo y se preparó un pan con jamón y sacó una caja de leche de chocolate. Sin embargo, ella estaba cansada, tenía mucho sueño y el día, en sí, inició con ganas de estresar a las personas que no tenían un buen lugar para vivir. Roth sintió pena por la gente sin hogar. Volvió a su cama para ver si conseguía dormir, pero esta no solo estaba húmeda, sino empapada.

–Hija, ve a mi cama e intenta dormir si así lo quieres: hoy no hay clases.

–Sí –bostezó caminando al cuarto –, estoy muy cansada.

Acostándose en el lado de su padre, Matt la estaba llamando.

–Roth.
–¿Ocurre algo? –preguntó aguantando el temblor general de su cuerpo.
–Quiero saber si necesitas algo. Estoy en el auto camino a tu casa.
–Estamos bien, no es necesario que vengas.
–Espero que no me estés ocultando lo que ocurre. Por favor, nunca me ocultes información.

Mierda, mierda, mierda.

–Tranquilo, de verdad –dijo bajando la voz.
–¿Te encuentras bien?
–Estoy algo cansada, es todo... –mintió.
–¿Roth?
–Tengo una pregunta para ti.
–Dime.
–¿Por qué llegaste ayer a mi colegio?
–Yo –suspiró –necesitaba verte. Quedé con mal sabor desde aquella vez en que el mar te arrastró con él. Además, recuerdo que cuando nos despedimos ambos sabíamos que no era un “adiós”.
–No lo recuerdo.

–Yo sí. No obstante, es normal que no lo recuerdes: son detalles mínimos de hace tres años.
–Matt...
–Dime.
–Tengo sueño –dijo dejando escuchar el sonido de sus dientes temblando.

Y se durmió afiebrada en la cama de su madre que se estaba mojando cada segundo.

Capítulo 8

Roth abrió los ojos sin asimilar en dónde se encontraba y volvió a cerrarlos. Abría y cerraba varias veces como consecuencia de la fiebre.

Despertó, por fin, a las nueve con treinta y siete en perfecta conciencia mirando a su alrededor: iluminación dorada a causa de la lámpara de ese color con decoraciones roja que estaba a su lado, una cama para dos personas bastante cómoda, paredes rojas con decoraciones doradas bastante sutiles, un escritorio de vidrio con patas amarillas...

–¿QUÉ? –chilló asustada cuando asimiló el problema en el que estaba –. Maldición. ¿Dónde estoy? –repitió varias veces mirando lo mismo una y otra vez como si intentase hallar alguna pista.
–Hola, Roth –dijo Matt entrando con las manos en alto para no asustar más a su amiga.
–¿Matt? –preguntó sin importarle que estaba hecha bolita –. ¿Qué hago aquí?
–Tranquila. Yo te traje con la autorización de tu madre, claramente. Estás en mi habitación, siendo preciso.

Él la miraba con precaución considerando todas las palabras que su padre le metía constantemente en la cabeza, pero la sacudió con la idea de que ella, de que esa niña de la que siente la imperante necesidad de protegerla, jamás lo dañaría.

–¿Dónde está mi mamá?
–En casa, no quiso venir. Obviamente no la dejé que intentara arreglar la infinidad de goteras que vi en menos de un minuto cuando te saqué de esa cama. Un par de trabajadores de mi padre se quedaron con ella para arreglar el problema.

Roth bajó las piernas y, como acto de reflejo, se tapó con las mantas hasta el cuello: no se había percatado de que estaba en pijama... uno diferente al que recordaba haber usado.

–Qué encantadora.
–¿El qué? ¿Mi vulnerabilidad?

Matt se estremeció al escuchar tal palabra que lo acosaba diariamente. Se tragó su pena y se limitó a sonreírle.

–Lo cambió tu madre: yo no te toqué.
–Ajá...

Hubo un silencio.

–Entonces estoy sola.
–No. No quiero que pienses en eso nunca más, ¿está bien? Yo estoy contigo –dijo acercándose a ella.

Roth suspiró. Debía admitirlo: no se sentía asustada ahora que lo escuchaba, es más, la relajaba.

–Ahora –dijo dándose la vuelta yendo por la ropa de Roth que él había sacado de su armario y dejándola en la cama –, te ves mucho mejor así que puedes vestirte. Elegí esto y espero que te guste.

Matt se retiró de la habitación diciendo:

–Te dejo para que te vistas tranquila, de todos modos, con ese chillido está más que claro que tienes energía.

Roth se rio dándole la razón. Ya sola, se levantó de la cama y mmiró la ropa que él había dejado ahí: unos vaqueros, calcetines y zapatillas negras, una polera blanca... y ropa interior negra. Roth se sonrojó al recordar que él mismo la había sacado. Se vistió, estiró la cama y se peinó con los dedos en el baño dentro de la misma habitación. *Este lugar es más grande que toda mi sala de estar*. Salió secándose la cara con su antebrazo y alguien golpeó la puerta.

–¿Adelante? –respondió.
–Creo que no tengo mal gusto –admitió Matt.
–Al menos es mejor que la de mi papá.

Rieron.

–Roth, olvidé traer una chaqueta para que te abrigues.
–¿Sigue lloviendo?
–Sí, bastante para ser marzo –caminó hacia otra puerta dentro de su cuarto –. Ven a mi armario.

Roth quedó impactada: el dormitorio no solo tenía un baño con ducha, bañera, inodoro y lavamanos, sino también un vestidor privado con ropa dentro. En su mayoría, eran puertas deslizables de color negro con una perilla plana hueca blanca para abrirla. Matt deslizó la que estaba en frente de ellos y comenzó a ver las chaquetas, una por una, intentando ver cuál podría verse mejor en el cuerpo de Roth.

Sin embargo, mientras lo hacía, sabía que ninguna le quedaría bien debido al ancho de sus hombros. Apretó la mandíbula por reflejo como si escuchara a su padre gritarle mientras lo obligaba a hacer ejercicio a las cinco de la mañana todos los días. Suspiró y eligió una de cuero falso.

Roth se acercó cuando vio los ojos de Matt; se giró y permitió que él le ayudara a ponérsela.

–¿Cómo me veo?
–Hermosa. Te queda un poco grande, pero te ves bien. ¿Quisieras ayudarme con papeleo?
–Claro –decía mientras salían del vestidor camino al pasillo –. Si puedo ser útil, encantada de ayudar.

Matt la guio a su oficina personal que era bastante grande, casi del tamaño de su dormitorio. Roth alucinó al ver tantos libros y carpetas por todas partes sin un orden en específico: tenía repisas de biblioteca y estaban vacías.

–Toma asiento frente a mí, por favor.

Ella se sentó en donde él le señaló y quedó maravillada con la imagen que estaba viendo: Matt se veía muy bien con esa mezcla formal que estaba usando otra vez.

–No te pediré algo enorme. ¿Puedes ordenar los documentos desde la A a la Z?
–Definitivamente sí.
–O quizás es mucho –murmuró para sí.
–Lo que tú haces es mucho.

Se miraron y él le sonrió agradecido. El tiempo transcurrió en minutos como el sol en el invierno, sobre todo cuando les trajeron leche de chocolate con galletas en una bandeja. Roth estaba terminando de organizar los documentos de la Z cuando Matt había acabado de escribir un informe para su padre.

–¡Acabé! –dijo como una ganadora.
–Eres fantástica.
–Gracias, Matt. ¿Ahora qué?
–De trabajo ya acabamos.
–Entonces, ¿me devuelves a mi casa, por fa...?
–No –respondió mirándola.

Había algo en aquellos ojos que provocó un escalofrío en Roth: eran fríos y duros como un témpano de hielo que provocaron miedo a la niña que él tenía en frente.

–Vale –dijo en voz baja.
–Disculpa, pero sigue sin ser el momento de que vuelvas a tu casa.
–Comprendo –mintió.

No, no entiende y no lo entenderá hasta que pasen los años.

–¿Estás molesta por esto?
–No, tranquilo.
–Cuando te vi en esa cama con toda tu ropa mojada y tú sudando frío por la fiebre... tuve que traerte.
–Gracias por ayudarnos.
–Siempre es un placer volver a verte.
–Por cierto, ¿tuviste aquella reunión que ayer en el auto dijiste?
–Sí, estuvo bien.

Pero Roth quería saber más.

–¿En qué trabajan tus padres?

Padres, resonaba en la mente del muchacho.

–Son abogados –respondió pasando su mano por su cabello negro azabache.
–Ah. El mío es ingeniero y mi mamá está por acabar de estudiar para ser secretaria.
–¿Solo tu padre traía ingresos a tu casa?
–Así es.

Matt se quedó quieto pensando en lo que acababa de decir como si su mente estuviera archivando cada detalle válido.

–Señor, Matt –interrumpió Jack entrando en la habitación; ambos se sobresaltaron.
–Dígame –respondió.
–*Eso* está listo, joven.
–Gracias, Jack.
–De nada. ¿La escolto a su habitación?
–Sí, por favor.
–¿Qué? –susurró hacia Matt.
–Solo ve con él –dijo serio –. Tranquila, ya iré.
–Está bien –respondió sin convicción.
–Sígame por aquí, por favor.

Se levantó mirando hacia Matt quien miraba hacia los papeles ya completos; ella estaba nerviosa, había un destello en sus instintos que le decía que algo malo ocurriría... pero otra parte de ella le decía que fuera, que obedeciera aun sin querer hacerlo. Jack abrió la puerta de la habitación de Matt haciéndola pasar y, lo primero que ella vio fue, una bandeja plateada con ligeros diseños de hojas doradas que estaba en la mesa deslizable en la cama de su amigo.

–Aquí tiene té, pan, mantequilla, jamón y sandía. Oh, por cierto, también tiene un trozo de queque de chocolate con un poco de vainilla –se inclinó para salir de la habitación –. Disfrute.
–Muchas gracias.

Y quedó sola. Le daba vergüenza comer con gente, pero como ya no había nadie, debía aprovechar. Esparció la mantequilla en el pan y puso una rebanada fina de jamón encima. Se sirvió del té de hoja que estaba en la pequeña y fina tetera de porcelana y esperó a que se enfriara por un par de minutos, pues le gustaba caliente, pero no hirviendo. La sandía fue sorpresa, porque según la estación del año en el que se encontraba, quedaban bastante pocas; luego recordó que no estaba relacionándose con un cualquiera, sino con unos malditos millonarios. No pudo con el queque, pero deseó haberlo probado por el delicioso aroma que desprendía.

Sin embargo, luego de tanta felicidad al comer, sin previo aviso una frase pesó en su mente: se llamaba Ruth. Recordó la vez en que Matt mencionó la coincidencia de nombres entre su madre y la de ella. Así que solo está su padre, solo él es abogado. *¿Por qué no me lo recordó?*

–Disculpa la demora –dijo su amigo entrando en la habitación pasando sus manos por su cabello. Se notaba que estaba algo cansado.
–No es problema. Me siento una puerca en este momento –admitió mientras él se sentaba en la cama al lado de ella.
–¿Por qué?
–No dejé mucho para ti. Pero ahí queda otro pan y mucha mantequilla... oh, y también jamón...
–Todo eso es tuyo, no mío. Así que tranquila.
–¿Qué? Pero es demasiado para mí.
–Entonces no comas más.
–Pero me veré como una malagradecida.
–No digas eso: se entiende que es demasiado y que no pudiste con todo.

Roth alejó la mesa deslizable haciendo entender que aceptaba las palabras y que, además, no seguiría comiendo. Sin embargo, la mente de Matt contrastaba con su apariencia cansada: estaba adrenalínica por lo que se vendría en poco... y miró el jugo.

–¿Quieres un poco? –dijo sirviendo en un vaso.
–No, gracias.
–Insisto.

Roth lo miró a los ojos y vio algo más que su insistencia: detrás de esos ojos azul oscuro había pena, desesperación y miedo. Asintió.

–¿Qué sabor es?

–Bébelo y sabrás.

La muchacha tomó el vaso con el líquido ver similar al jugo de melón y bebió. Matt fingió beber de lo mismo, pero el de él sí era jugo. Roth tenía la boca bañada en un sabor amargo y ácido que se fusionaban en un mareo que parecía nunca acabarse que pronto se transformó en un muy dominante sueño.

–¿Estás bien? ¿Tienes sueño? –preguntó con un tono sarcástico.
–Y-yo...
–Shhh –dijo mientras atraía a Roth hacia él –. Tranquila, déjate llevar.

Pero se sentía ida y no entendía muy bien sus palabras, por lo que se levantó y cayó otra vez sobre él. Matt comenzó a moverla hacia la posición correcta de la cama para que se durmiera cómoda.

–Todo está bien, Roth. Estás bien acá.

Y dejó salir un sí muy despacio, casi como un suspiro entre sus dientes cuando cayó al sueño provocado por aquel líquido. Matt abandonó la habitación con la angustia apretando su garganta.

Capítulo 9

Roth sentía sus ojos pegados con un pegamento altamente efectivo y se odiaba por no poder abrirlos. Unos dedos jugaban en su espalda yendo hacia su estómago y regresando, mas ella no sabía quién estaba detrás de ella casi pegado a su cuerpo en posición fetal.

Al pasar unos minutos, los ojos de ella se estaban asimilando al peso de una pluma: casi nulo. La persona detrás de ella jugaba con su cuello y trazaba una línea vertical hasta la mitad de su espalda causándole escalofríos. Roth pudo abrir los ojos, pero el efecto de la droga seguía anulando la capacidad motora.

Más minutos transcurrían y la persona detrás continuaba jugando con la espalda de la chica. Ella ya podía mover los dedos, los brazos y las piernas. *¿Qué hago? ¿Lo golpeo?* Su respuesta fue negativa: estaba recién moviéndose y dudaba que aquella persona estuviera drogada. De pronto, intentó hablar, pero solo salían sonidos de su boca. *Vale, eso no sirvió de nada, Roth* se dijo mentalmente. Comenzó a mover su lengua y boca sin hablar por minutos hasta que:

–Algún día, serás mía –susurró Matt.

¿QUÉ? ¿Suya? Debo largarme de aquí, pensó aterrada. Carraspeó suavemente como si acabara de despertar y se movió lentamente hacia Matt.

–¿Matt? –preguntó con un rasgo de inocencia.
–Hola, Roth. ¿Dormiste bien?

¿Dormir? ¡Tu jugo tenía algo! Exclamó mentalmente.

–Eh, ¿dormí? –preguntó con un tono ambiguo discutido entre sarcasmo y un intento de convencer a Matt de que estaba confundida.
–Así es. ¿No quieres continuar durmiendo?
–Mhm, no. Estoy bien.
–Ya veo –suspiró frustrado –. ¿Quieres más jugo? –*En tus sueños, Matt.*
–No. No, gracias.
–Insisto.
–He dicho que no.

Hasta que se obligó a sí misma ir en busca de aquella mirada que sentía en su nuca. Se volteó con un poco de dificultad y deseó no haberle hablado así: sus ojos mostraban una intención indescifrable para la niña que le hizo preguntarse que quién era en realidad y qué planeaba. Por su

parte, Matt detestó darse cuenta de que no sería fácil volverla algo *dócil*.

–Espera un momento –le dijo mientras se levantaba.
–¿Ah?

Roth lo siguió con la mirada. Este tomó el vaso de ella para olerlo. Levantó una ceja y la muchacha se preguntaba si estaba de mal humor. Dejó el vaso en su posición y tomó su propio vaso, del que él había bebido.

–Ten, puedes tomar del mío –propuso.
–Está bien –respondió ignorando una verdadera intención.

Recibió el vaso, bebió y supo de inmediato que era el mismo sabor. El efecto fue más rápido que la primera vez, puesto que ya se sentía mareada y el mundo le daba mil vueltas alrededor de sí solo divisando a Matt con una sonrisa y una ceja levantada.

–¿Te sientes bien? –preguntó sabiendo perfectamente cuál era la respuesta.
–N-no...
–Ven. Ven aquí, Roth.

Nuevamente ella cayó en los brazos y, a su vez, en su juego: juego cínicamente planeado donde la posición de cada carta es un misterio; sin embargo, es uno que el mismo Matt Cortez se rehusaba a perder. Por su parte, Roth odió no haber caído en los acogedores brazos de su madre.

Despertó completamente a las once y veinte cuando la droga decidió cesar en su tiempo mínimo: a los treinta minutos. Sabía, por el peso que sentía a su lado, que no estaba sola. Se giró evitando levantar sospechas y lo vio: Matt estaba dormido y ambos rostros estuvieron a punto de chocar; Roth se tapó la boca antes de gritar de estupor. *Un momento, ¿no ronca?*

–¿Qué estás viendo? –preguntó él sin abrir los ojos.
–¿Eh? ¡Ah!

La chica, de la sorpresa, se fue hacia atrás a punto de caer de la cama, pero Matt alcanzó a tirar de su brazo evitando una cómica caída.

–Ten más cuidado –le dijo con una voz más ronca de lo habitual haciendo notar que realmente estuvo durmiendo a su lado –. Ven aquí.

Todavía sosteniendo el brazo de Roth, tiró suavemente hacia él haciendo que cayera sobre él. Matt rio internamente, pero a ella no le dio gracia

verse en pijama.

–Vamos, vuelve a dormir –dijo mirándola.
–Eh –bostezó –, no tengo muchas ganas.
–¿Y si te acaricio la cabeza?

¡Ay no! La cabeza es mi talón de Aquiles. Matt la acomodó suavemente como si fuera el ser más delicado del mundo a su lado, un brazo la rodeaba mientras el otro le hacía cariño.

–Vamos, duerme –le dijo casi como un susurro angelical.
–Sí, Matt...

Roth se dejó caer al sueño sintiendo las manos de aquel amigo en su cabeza y su respiración en la frente.

Capítulo 10

–¡Buenos días! –dijo la madre entrando en su habitación para levantarla.
–¿Es en serio? –respondió abriendo los ojos.
–Así es –abrió la ventana y las cortinas –. ¡Arriba!
–Mamá, no quiero ir.
–Roth –suspiró –, sabes que, si nosotros tuviéramos el dinero suficiente para seguir pagando el colegio, habrías seguido ahí.
–Lo sé...
–Vamos –dijo sentándose a su lado. Le dio un ligero codazo –, hacer amigos no te costará nada.
–Si tú lo dices...

La madre se levantó, le dio un beso en la frente y abandonó la habitación.

Marzo de 2015 y ya sentía que a sus casi quince años las cosas se estaban torciendo... y solo recordaba a Matt. Pasó dos años yendo a su antiguo colegio: dos veces por semana para tan solo verla y ver que se encontraba bien. De una u otra forma, la presencia del joven ya no le parecía rara, sino que se había acostumbrado a ver aquella cabellera negra con esos ojos que la hacían sonrojar. Empero, ya no continuaría siendo así. Ahora deberá a ir a un colegio público con una reputación cuestionable; Josefa admitió tener miedo de que su mejor amiga fuera en ese establecimiento debido a la gran demanda de acoso y bullying.

Roth, mientras se colocaba su camiseta roja, solo deseaba que no la miraran como un perro al hueso; mas visualizó aquella ardilla de juguete que una vez él le regaló y recordó algo que jamás olvidaría: aquel aluvión que provocó aquella magnífica mañana con Matt. Desayunó, caminó al auto y llegó al instituto sin una pizca de ganas. Miró la estructura y todo indicaba que no sería una grata bienvenida: había grupos muy marcados entre sí desde antes de entrar que, por lo tanto, significaba que había lealtades y rivalidades. Se giró hacia su madre.

–Ten un buen día, amor –le dijo sonriendo evitando mostrar preocupación.
–Lo intentaré –respondió cabizbaja.

Respiró hondo sabiendo que quizá el primer día podría ser el más difícil, pero teniendo un poco de fe de que en realidad cabía la posibilidad de que tuviera suerte. Caminó con la cabeza en alto intentando demostrar seguridad, seguridad que le faltaba en ese momento, pero que no planeaba mostrar lo contrario. Avanzó por el pasillo principal y llegó a su aula. Cerámica, trágame. Los alumnos dentro se giraron en silencio a mirarla, para hacerle entender con sus ojos que ella no era de acá. Fantástico, ya me vieron como rara. De repente, una joven rubia con una

sonrisa de oreja a oreja se acercó a Roth.

–Hola –le dijo.
–Hola –respondió sonriéndole con timidez.
–Supongo que tú eres la nueva, ¿no?
–S-sí, soy Roth...
–No –golpea la mesa –me importa. Acá a nadie le importará tu presencia mientras yo lo dicte. Linda –levantó el mentón de Roth con su dedo índice –, no te acerques a Lucas Johnson y estaremos de maravilla; de lo contrario...
–Entiendo –respondió evitando mirar sus penetrantes ojos azules.

Roth supo al instante que el golpe de la mesa significó una autoridad implacable dentro de la escuela: la rubia mandaba acá, nadie más. Aun así, le preocupaba toparse con el tal Lucas que le mencionó, pues no sabía ni cómo lucía. La campana resonó en el establecimiento señalando que ya iniciarían las clases. El profesor entró y saludó.

–Buenos días, alumnos.
–Buenos días, profesor Héctor.
–Tomen asiento, por favor –obedecieron –. Bien, espero que hayan tenido unas buenas vacaciones, porque este año se va a poner bueno; ya están más grandes.
»Bueno, séptimo A, hoy tenemos una alumna nueva –*no, por favor* –. Roth Montalva Escandra, venga adelante a presentarse.
–No, gracias –respondió desde la primera fila de asientos. Odió sentir la mirada acosadora de la rubia.

Roth giró la cara para evitar mirar la cara del profesor que estaba descompuesto.

–Bueno, ya tendremos la oportunidad de conocerla mejor, señorita Montalva. Bien, como es costumbre, anotaremos las reglas generales de la sala de clases y de la asignatura.

La clase de Historia duró hora y media para dar 45 minutos a la profesora de Ciencias, Cecilia. Fue lo mismo de siempre: presentarnos y anotar reglas. Ya la segunda clase por asignatura suele ser de contenido.

Diez con treinta y campana: recreo. Roth se levantó y salió de la sala junto a todos los demás, ya que estaba prohibido quedarse en los recreos por posibles malos entendidos... o eso les dijeron a los alumnos. Caminando, la joven se sentía peor, más marginada, aislada, sola.

Sumida en sus pensamientos, choca con un alumno cayendo al suelo en frente de él.

–Disculpa, déjame ayudarte –dijo.
–No te preocupes –respondió subiendo la mirada con timidez; sin embargo, sintió que su piel era más blanca aún al ver que era un hombre. Se arrodilló, tomó todas las cosas que se le habían caído y se las entregó.

–De verdad lo siento, debo irme –se disculpó.
–No es nada –respondió el chico.

Qué amable, él es completamente diferente a lo que ya vi. Roth despertó de sus pensamientos al sentir unos brazos tomándola por la fuerza.

–¿Acaso no entendiste lo que te dije, *nueva*? –dijo la chica rubia –. Te dije que no te acercaras a Lucas y es la primera cosa que se te ocurre hacer, pedazo de retrasada.
–¡Fue un accidente! Simplemente chocamos. ¡Él puede confirmarlo!
–¿Y era necesario hablarle? –espetó.
–S-solo me disculpé...
–Veamos si con esto te siguen dando ganas de hablarle.
–¡Hey! –se quejó mientras dos niñas le tomaban de los brazos arrastrándola por el pasillo hacia el baño –. Por favor, no hice nada malo.

En total eran cuatro. La rubia tenía una mirada tan despectiva que Roth comenzó a dudar de si de verdad era posible tener tanto odio; un odio sin justificación que de todos modos existía. Dos afirmaron sus brazos en el fondo del baño, la otra le tiraba la cabeza hacia atrás jalándole el cabello y la rubia... frente a ella haciéndole ver que estaba por sobre todo ser en el colegio. Roth imploraba que alguien entrara en el baño, pero supo que era obvio que nadie lo haría. Los golpes se sentían tan fuertes como el bateador golpeando a la bola en un *home run*. La rubia estaba tan enojada que no le importó escuchar el llanto de la nueva chica de la escuela: no le importaba, puesto que este era su reino y la reina podía hacer cualquier cosa con los siervos y con los esclavos.

–¿Te duele? -preguntó con falsa compasión. Aquel que no siente bondad, son los futuros monstruos del mundo, pensó Roth –. Oh, qué lástima. No, espera... ¡No me importa!
–Dejen-déjenme...
–No se me antoja –. De pronto, la mirada de la rubia se centró en un trozo de cerámica suelta en una esquina –. Mira qué tenemos acá, ¿se te apetece un –recoge el pedazo –tatuaje en el brazo?
–No, ¡no, por favor!
–Afírmenla más fuerte y veamos si se te antoja siquiera mirarnos.

Aquellos que no sienten bondad, son los futuros monstruos del mundo. Las tres chicas obedecieron forzando a Roth a entregar su brazo. Dos afirmaban su cuerpo y la otra le tapaba la boca por la que salían gritos y llanto de dolor. La campana se escuchó haciendo notar que habían pasado quince minutos: quince minutos que sentenciaron un año académico por

completo.

–Ya tocaron –dijo la rubia con decepción –. No llegues tarde, Roth –dijo marcando su nombre y se fueron luego de lavarse las manos.

La nueva se miró al espejo con espanto y se limpió el brazo que secó y envolvió con el papel higiénico que encontró, se lavó la cara y drenó un poco de la sangre de su labio que palpitaba. Se tapó el ojo izquierdo con el cabello y salió del baño directo a su aula. A penas podía mover los dedos del brazo herido.

Extrañó a Fer y a Jo mientras todos hacían actividades deportivas; ella se escusó diciendo que se había torcido el pie.

El día parecía no acabar nunca y cuando lo hizo sintió un alivio inefable. Esperó por el bus para volver a casa añorando encontrarse con su amiga almohada y llorar tranquila por el peor primer día de su vida. En el camino, decidió no contarle a su madre para evitar preocuparla y se autoconvenció de que era lo suficientemente fuerte como para soportarlo y aguantar.

Frente a la puerta interna de la casa, respiró hondo aguantando las ganas de gritarle que odió la escuela y a sus compañeros... y llorar en los cómodos y reconfortantes brazos de su madre. Tragó saliva y entró con falsa seguridad.

–¡Hola, mi amor! –dijo sonriendo con notoria felicidad –. ¿Qué tal tu primer día, princesa mía?
–Bien –respondió mostrando su lado derecho con una sonrisa.
–Me alegro mucho. ¿Viste que colegio nuevo, vida nueva?

Roth asintió yendo a su habitación donde se encerró con llave a llorar abrazando su almohada para ahogar los gritos de rabia siendo acompañada por Jess y por aquella ardilla. *¿De verdad resistiré? En unos meses, de seguro me matan y lo hacen pasar por suicidio*.

Capítulo 11